

NADIE A MI LADO

756 días. Los he contado todos y cada uno de ellos.

756 días sola.

756 sin hablar con nadie.

2 años desde que desperté aquel día y todo el mundo había desaparecido. Sin rastro, sin pistas, sin una despedida, sin dejar una nota. Sin más.

Nadie por las calles.

Un bienio entero buscando a alguien, a quien fuera. Yo suponía que alguien debía de quedar, no podía estar solo yo, que nunca fui especial. No, de los 8 mil millones de humanos de la tierra, por probabilidad, otro tenía que haber sobrevivido.

Eso me repetía día y noche. Pero no lo parecía. Nadie estaba por allí.

25 meses que pasé explorando cada tienda, cada edificio y cada recoveco. Todo estaba impoluto. Cada estante y cada balda, intactos y sin saquear; las ventanas ilesas, las puertas cerradas y los coches tirados en medio de las carreteras, todo abandonado. La primera ventana que rompí rompió algo dentro de mí, como si hubiera tirado la piedra contra mi propio pecho. Hizo un sonido atronador contra el silencio ahogante que ahora domina el mundo y me corté con los pedazos al entrar. Pero nadie escuchó el estruendo, nadie vio mi sangre y, de tal manera, ¿pasó todo eso acaso?

100 semanas desde que me cansé de reinar la ciudad y de los botes de alubias y cogí un coche para buscar el campo. Nadie conmigo. Yo no sabía conducir pero ¿quién iba a chocar conmigo?

Empecé a recolectar los frutos de los árboles y de los huertos que con tanto cariño habían sido plantados y seguían aferrándose a la vida. Me esforcé por recordar todo lo que me había enseñado mi abuelo, a regar, plantar y cultivar. Revolví los alrededores del pueblo, solo conseguí unas finas guías de pesca y un libro de matemáticas. A mí no me gustaban las matemáticas pero el aburrimiento era infinito.

¿Qué podía hacer? ¿Con quién podía hablar? Con nadie. ¿Quién estaba a mi lado? Nadie.

La gran mayoría de las 756 noches las pasé llorando. Siempre me había sentido sola, nunca había comprendido lo que es la soledad de verdad. Lo roto que te deja la falta de alguien. Añoraba mi rutina, una serie de actividades a las que te acostumbras y que aprendes a amar sin darte cuenta: oler el café por la mañana aunque no te guste, saludar al cartero aunque no lo conozcas, ver a tu perro enroscado en su cama aunque no le estés prestando atención o charlar del tiempo con alguien en el ascensor aunque sea un poco incómodo. Pequeñas cosas que parecen aburridas pero que rompen tu corazón cuando desaparecen y se llevan con ellas la tranquilidad de tu vida. Así que yo lloraba. Por el café, por el cartero, por mi perro y por el ascensor. Lloraba por mí y por la humanidad. Por nadie.

Hasta que un día, mientras caminaba por el bosque, me topé con una planta con bellos frutos oscuros y pensé en cogerlos y comerlos, quizá hacer un té con ellos, el invierno estaba llegando y tenía hambre. ¿A quién le iba a importar? A nadie. Sin embargo, no me atreví a cogerlos. Pensé en que si no había más humanos, si nadie me iba a echar de menos

y nadie me iba a llorar, quizá mi trabajo era llorar a los demás, a quienes ya no podían caminar por ese mismo verde, ni respirar la brisa ni admirar los interminables amaneceres que a mí me regalaban cada día.

Miré de reojo la planta y me marché.

Estaba sola, es cierto, como Adán caminando a sus anchas por el jardín del Edén, todo para mí. A lo mejor era la esperanza humana, que es inagotable, lo que me aferraba, pero pensaba que, al igual que para Adán, podía haber un compañero para mí.

18144 horas, aunque eso ya no importa. Ya no estoy sola. Te he encontrado a ti. De casualidad, en mitad de los árboles. Y me siento a tu lado y te observo con detalle, recreándome en cómo tu pecho se llena y se vacía porque respiras y vives. Y reflexiono.

–Después de todo este tiempo, verte al fin me hace preguntarme si no habré terminado por volverme loca.– Si no lo estaré imaginando.

Y tú me miras con un parpadeo.

–¿Qué más da?– tu voz me suena extraña como salida de un sueño pero cada vez que hablas tiemblo de emoción.

Pienso en lo que dices. ¿Qué más da?

–Si estás sola, ¿quién va a juzgar que estás loca?

¿Acaso lo sabría yo si me hubiera alcanzado la locura?

–¿Tú?– te pregunto con cierta timidez.

–¿Yo, que acabo de escuchar tu historia? Yo sí creo que soy real, aunque de no serlo, supongo que pensaría lo mismo. Pero no importa, porque ya no te sientes sola, ¿verdad?

Niego con la cabeza. Ahora me siento de una forma maravillosa. No me siento sola, no me siento vacía. Porque tú estás aquí.

–Entonces, eso es lo que importa.

Más de un millón de minutos han pasado. Ya he dejado de contar. Contigo a mi lado todo me parece que va a ir a mejor. Ahora puedo hablar, puedo escuchar, puedo ver.

Así que me giro y contemplo cómo el sol se va poniendo poco a poco.

No me ha extrañado encontrarte porque te necesitaba. Así que le he quitado la importancia a todo, a que no me dijeras tu nombre y a que prefieras que te llame Nadie.

Paula Monterrubio Patricio